

La Lectura Popular

PUBLICACION QUINCENAL DEDICADA Á LAS CLASES TRABAJADORAS.

TIERRA TRAGONA

(CUENTO)

I

A principios de Mayo del año 1601 no se hablaba de otra cosa en la ciudad de Valladolid, Corte á la sazón de Felipe III, que de la Real cédula mandando inventariar toda la plata labrada existente en la monarquía (famoso recurso con que el duque de Lerma esperó remediar la pobreza de España), y de las escandalosas aventuras de D. Guillén Calleja.

Era el D. Guillen mozo como de veinticuatro años, de buen talle y malísima cabeza, hijo de un indiano poderoso, que despues de haber tenido siempre para el muchacho tirante la rienda y cerrada la bolsa, cometió la imprudencia de morirse, dejándole heredero de un inmenso caudal y dueño absoluto de sus acciones. Calleja se lanzó á los placeres como se lanzaría por la llanura el potro lleno de sangre y de brío que, hartó de tascar el freno, le sintiera caer repentinamente partido en pedazos. Su vida era una orgía sin término, y se deslizaba entre galanteos de todas especies, juegos de azar y desafíos, sin darte tiempo para comprender el peligro de su fortuna, el de su salud ni el de su alma, el mayor y más irremediable de todos.

En aquella época, que el teatro suele presentarnos tan llena de poesía, significaba bien poca cosa una estocada (en el pellejo de un pelafustán, se entiende), y mientras el Sr. D. Guillen, espadachin que podía dar quince y falta al mismísimo D. Francisco de Quevedo, se limitó á acuchillar matones y tahures, pudo contar con el cuidadoso descuido de la por antifrasis llamada Justicia, siempre dispuesta á cerrar los ojos cuando la invitaban á abrir las manos para no retirarlas vacías. Pero es el caso que el diablo, que no duerme (y bien se echa de ver), entabló una competencia amorosa entre nuestro héroe y cierto sobrino de don Pedro Martín de Andueza, médico del privado de S. M.; competencia que originó un duelo entre ambos rivales, y duelo que costó al susodicho sobrino no menos que la vida. Quería el médico al hijo de su hermana más que á las niñas de sus ojos; tenía el de Lerma al D. Martín ese temeroso afecto que debe inspirar un médico de cabecera; y el Rey, que encontraba muy bien todo lo que hiciese su privado (como á él no le produjera el trabajo más pequeño), firmó una orden, en la cual, mirando por la salvacion del hijo del indiano, se le mandaba buscar, confesar y ahorear en el preciso plazo de tres horas. El alcalde encargado de dar cumplimiento á tan suave resolución, y que debía tener grandes consideraciones que guardar al

desventurado Calleja, fuése á él y le dijo:

—El Rey me ordena prenderos para que os ahorquen: soy tan agradecido amigo vuestro como súbdito fiel y leal de mi soberano... Apretad á correr y procurad libraros de mis uñas en los cinco minutos de delantera que os concedo: pasados que sean éstos, donde os atrape allí os ahorco.

Don Guillen, que maldito si tenía la menor gana—tan naturalmente modesto era—de ponerse en evidencia ante todo Valladolid, llenóse de oro los bolsillos, montó en su mejor caballo y salió de la ciudad al paso que el lector discreto puede imaginarse.

II

Cabalgó el insigne calvatrueno toda la noche sin saber á dónde ni por dónde iba, y cuando ya comenzaba á alborear y á dilatársele un tantico el corazón con la esperanza de que su protector no le echase el guante, el caballo cubierto de sudor y de espuma, dió claros indicios de no poder continuar su carrera. Clavóle una vez más las espuelas el receloso ginete; el noble animal hizo un último esfuerzo y reventó, derribando á don Guillen; el cual, al cabo de un buen rato y todo lleno de chichones y cardenales, se levantó y miró en torno suyo, agradabilísimamente sorprendido de no descubrir sombra de alcalde ni asomo de corchete.

El día era tan espléndido, que D. Guillen, aunque mal dispuesto para semejante género de observaciones, notó á favor de los raudales de luz que el sol derramaba por los campos, que el paisaje nada tenía de común con los áridos yermos de Castilla la Vieja. Y, sin embargo, en cuatro ó cinco horas no podía haberse alejado mucho de la ciudad de Pisuegra, aun andando á verdadero *matcaballo*. Calleja se encontró en medio de un fresco y amenísimo valle, adornado de toda suerte de árboles y flores, y en cuyo fondo y á distancia que sin gran fatiga podía salvarse á pié, se alzaba una soberbia poblacion completamente desconocida para el fugitivo, quien más de una vez había recorrido todos aquellos contornos cazando aves acuáticas en las lagunas y persiguiendo por el llano liebres y perdices.

—¿Qué pueblo es ese?—preguntó á un labriego que pasaba.

—Tierra Tragona,—le contestaron.

El nombre, que extrañó bastante á D. Guillen, le dejó aun más sorprendido que el aspecto de la poblacion; pero necesitado de reposo, esperanzado, al mismo tiempo, de encontrar allí donde esconderse á las pesquisas de su amigo el alcalde, avanzó resueltamente hácia Tie-

rra-Tragona, y pronto se vió dentro de ella.

III

Si de lejos atraía Tierra-Tragona, de cerca acababa de seducir los ojos y el ánimo: D. Guillen no había visto en su vida cosa semejante. La ciudad, por la riqueza de sus edificios, por la anchura de sus calles, por la arrogancia de sus monumentos, excedía hasta á lo que en sueños embelesa á las veces nuestra imaginacion excitada. Y contribuía á aumentar el atracivo la circunstancia de ver al mayor número de los habitantes lucir lujosísimos trajes, el gozo retratado en todas las fisonomías, aun en las de aquellos que, perteneciendo á la ínfima clase, no por eso dejaban de sentir la animacion de los demás.

—¿Se celebra hoy por acá alguna fiesta? ¿Es el día del patrón del pueblo?

La moza á quien D. Guillen dirigió las anteriores palabras, y que escondía en la mano una sortija cuyo áureo brillo contrastaba con lo andrajoso de su arreo, le miró con cierta sorpresa y le replicó:

—No, señor; hoy es para nosotros un día lo mismo que otro cualquiera. Este es el país de la alegría; aquí no hay nunca penas, ni motivos para que nadie se ponga triste.

Y apretando la sortija en el puño y mirando de reojo á D. Guillen, la moza se alejó cantando y saltando alegremente.

IV

Iba Calleja recorriendo calles y plazas, admirándolo todo y sin acertar á comprender por qué llevaría nombre tan feo poblacion tan agradable, cuando, volviendo atras dos ó tres pasos, al tropezar con una persona que avanzaba en direccion opuesta á la suya, abrió desmesuradamente los ojos, lanzó un grito, un horrible grito de espanto, y retrocedió hasta el quicio de una puerta, en que quedó como clavado y embudido.

¿Qué había visto Calleja?

Un hombre lleno de juventud y de robustez, bizarramente vestido, con el semblante rebosando contento, había vacilado de pronto, la tierra se había abierto bajo sus plantas y héchole desaparecer.

Varios de los que pasaban por la calle observaron el suceso, dedicaron algunas palabras á comentario, y la animacion, apenas interrumpida un instante, volvió á bullir en el lugar mismo de la ocurrencia.

Este indiferentismo no horrorizó menos á D. Guillen que el hecho en sí, y no tuvo fuerzas para moverse del sitio donde estaba como escondido y á cubierto casi de las miradas de todos.

Algo más sosegado ya, escuchó las pa-

labras que en una cercana reja cambiaban una hermosísima dama y un apuesto galán, y por ellas vino en conocimiento de que la dama daba noticia á su interlocutor de la próxima ausencia del marido, y ambos convenían en verse aquella noche aprovechando su inmerecida confianza. Aun estaban hablando y mezclando requiebros y ternezas con las burlas hácia quien tan cruelmente ofendían, cuando la tierra vuelve á abrirse de pronto, trágase al galán, la dama lanza un grito, serenándose luego poco á poco sin dejar la ventana siquiera, y los escasos curiosos detenidos por el lance se encogen de hombros, prosiguiendo su marcha en distintas direcciones.

Don Guillen quiso salir de su escondite y huir de la ciudad á toda prisa, pero no pudo; y pasado un momento llegó á sus oídos el diálogo que junto á él sostenían dos hombres de repugnante catadura. Preguntábanse mutuamente, como amigos que en algun tiempo no se hubieran visto, por la vida que llevaban. El uno tenía juego en su casa, y sacaba muy buena renta, estafando con sutiles trampas á los infelices que acudían al garito; el otro prestaba dinero á hijos de padres ricos, á condicion de cobrar diez veces la cantidad entregada cuando muriese el padre. Ya se separaban calculando alegremente las ganancias del día, cuando al obrero le sucedió lo que al traeseante y al adúltero, sin que por eso dejase de dirigirse á sus quehaceres su amigo y camarada.

Y esto que vió D. Guillen en los casos referidos, tornó á advertirlo, sin moverse de su observatorio, ya en la mujerzuela de mala vida que llena de inútiles afeites y de miserable lujo pasaba por la calle confiada y tranquila pensando en todo menos en la enmienda de sus pecados; ya en el matón asalariado que con indigno valor suyo suplía el vengativo miedo de los demás; ya en el mozo disoluto y aturdido para quien no hay camino malo como conduzca al placer; ya en el miserable ladron, eterno espía de los descuidos ajenos...

Todo lo presenciaba el forastero lleno de confusion y de angustia, y al fin su inteligencia y su corazon, heridos por tantas y tan diversas impresiones, permitieron formular á su lengua el variado conjunto de ideas y sentimientos que le asaltaban en tropel.

—Pero esta gente, que no tiene nunca la vida segura; esta gente, que debe esperar la muerte á todas horas, segun lo que observo á cada paso, ¿cómo puede permanecer en tan espantoso desorden? ¿Cómo no piensa en arrepentirse y enmendar sus desaciertos?

Una mano que se posó blandamente sobre uno de sus hombros le hizo volverse y encontrarse con un anciano religioso, el cual salía de la puerta donde estaba apoyado D. Guillen, y que era la de un convento de Dominicos.

—Y dígame, hermano,—preguntó el fraile á nuestro caballero:—vuesa merced ¿en qué tierra ha nacido?

Yo, señor, soy hijo de Sevilla... y ahora residía en Valladolid...—baluceó Calleja, bastante sorprendido de que alguien hubiese escuchado sus pensamientos.

El fraile prosiguió:

—Y aquellas ciudades ¿están libres del peligro que tanto os espanta en esta? ¿Allí la tierra no se abre para nadie? ¿Allí tiene alguno asegurada la existencia? ¿Allí no hay quien, entregado al vicio pasa la vida sin sospechar que la muerte puede asaltarle cuando menos lo espere, y en lo bien que le estaría enmendar su conducta?

Las palabras del Dominico arrancaron al desatentado mancebo el velo de ignorancia que cegaba los ojos de su razon, y le permitieron verlo y juzgarlo todo con claridad desconocida.

Arrojóse á las plantas del fraile, y cubierto el rostro de noble vergüenza y valerosas lágrimas de arrepentimiento, le pidió confesion y tranquilidad para su alma.

Ambos entraron en el convento. Cumpliéronse los deseos de D. Guillen, y refugiado en aquella santa casa, sus pensamientos fueron inclinándose á pasar el resto de sus días con aquellos buenos religiosos, temiendo lanzarse de nuevo al alborotado mar en que tan terrible borrasca había corrido. Una vez experimentada su vocacion en el año de noviciado, Calleja tomó el hábito, y es fama que, recorriendo las calles de la ciudad disoluta y salvadora, envuelto en su tosco sayal, pero gozando el mar de los placeres en la satisfaccion de su conciencia, el antiguo pecador esperaba con tranquilidad, sin el menor miedo, con alegría más bien, que el deleznable suelo de Tierra-Tragona se abriese bajo sus plantas.

C. C.

(De *La Hormiga de Oro*).

PODER DE LA CONFESION.

Con el título de «Una herencia imprevista» hemos leído en *La Union* de Valparaíso un suelto de crónica, en que se relata un hermoso rasgo ocurrido hace pocos días en aquella ciudad y que muestra el benéfico influjo que la santa confesion produce aún en cosas que atañen sólo á los intereses materiales de este pícaro mundo. Dejamos la palabra al colega.

«Vive en esta ciudad una honrada señora llamada doña Martina de Maturana, que quedó viuda hace tres ó cuatro años, sin grandes recursos y con muchas obligaciones.»

«Su esposo, un señor Maturana, había sido hombre de algunas comodidades y de negocios que le obligaban á viajar constantemente. En uno de esos viajes, tuvo la desgracia de perder la suma de tres mil pesos que había llegado á reunir á costa de muchos sacrificios.»

«Puso avisos y practicó diligencias indecibles á fin de recuperar los tres mil pesos, que no parecieron jamás.»

«Poco tiempo despues dejó de existir, dejando á su viuda, como lo hemos dicho ya, muy escasa de recursos, con los cuales ha podido medianamente sostenerse hasta el presente. Pero he aquí que en uno de estos días pasados se presenta en su modesta

casa un venerable sacerdote que pregunta por el señor Maturana.

«Sorprendida la señora le responde que su marido ha muerto hace mucho tiempo. ¿Pero usted es la viuda del señor Maturana? le preguntó el sacerdote.»

—Sí, señor, responde la señora.

—Pues bien, le dice el interpelante, traigo para usted la suma de ochocientos pesos y la promesa de darle despues algunas otras cantidades, hasta completar la de tres mil.

—Pero, señor ¿á qué debo yo esta dádiva.

—No es dádiva sino una simple devolucion la que por mi intermedio se le hace á usted. Ha de saber usted que su esposo, hará cosa de tres ó cuatro años perdió una suma de tres mil pesos; pues bien, hace un mes poco más ó menos, un hombre se me acercó á fin de que lo confesara.

«En dicha confesion declaró que había hallado la suma de tres mil pesos; y que aunque sabía que pertenecían al señor Maturana, el esposo de usted, él se los guardó, pero que estaba dispuesto á devolverlos, pues le remordía la conciencia de haberlos retenido indebidamente por espacio de tantos años. Y al efecto, me entregó la suma que le traigo á usted, y se comprometió á dar el resto.»

«Averiguando, averiguando, he venido á saber que en este puerto se podía encontrar al señor Maturana, y me doy por muy satisfecho de haber encontrado á usted siquiera, pues de esta suerte cumplo con mi encargo.»

«Ya calcularán nuestros lectores cómo se quedaría la pobre señora al palpar con sus propias manos la inesperada herencia que acababa de recibir. Loca de contento sólo atinó á preguntarle á su bienhechor:

—¿Y cómo se llama usted, señor?

—Soy el cura de Coihueco, respondió el sacerdote, y se despidió de la señora.

«Pues bien: Coihueco es un curato del departamento de Rancagua, desde donde ha venido dicho sacerdote á fin de cumplir tan hermosa mision.»

«Tan bella accion no necesita comentarios, y sin ellos la comunicamos á nuestros lectores.»

SECCION INSTRUCTIVA.

ESTUDIOS POPULARES

DE HISTORIA SAGRADA.

(Continuacion.)

45. La oracion dominical.

En verdad, en verdad os digo, que cuanto pidiéreis al Padre en mi nombre, os lo concederá. Juan 16. 23.

Jesús solía muy frecuentemente orar en lugar solitario. Un dia, acabada la oracion, dijole uno de los discípulos: «Señor, enséñanos á orar como tambien Juan enseñó á sus discípulos.» Y Jesús les dijo: «Cuando orais decid: *Padre nuestro, que estás en los Cielos, santificado sea el tu nombre, venga á nos el tu*

reino, hágase tu voluntad, así en la tierra, como en el Cielo; el pan nuestro de cada día, dánosle hoy, perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores, y no nos dejes caer en la tentación, mas líbranos del mal. Amen.»

Dijo Jesús aun: «Venid á mí todos los que estais cansados y cargados, yo os aliviare. Tomad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y de este modo hallareis reposo para vuestras almas, pues mi yugo es suave y ligera mi carga.»

46. Jesús, el buen pastor.

Andabais como ovejas descarriadas; mas ahora os habeis convertido al pastor de vuestras almas. I. Pedro 2. 25.

Jesús se dirigió á Jerusalén para la fiesta de los Tabernáculos y allí enseñaba en el templo proponiendo bellísimas parábolas. Entre aquellos que atentos le escuchaban, halláronse también muchos publicanos y pecadores públicos. Y como por estos murmurasen los Fariseos y Escribas, les puso de manifiesto, valiéndose de una parábola, la razón por qué procuraba atraerse á los pecadores. «¿Quién de vosotros, dijo Jesús, que, teniendo cien ovejas, y se descarrase una de ellas no deja las noventa y nueve en el desierto y corre en busca de aquella que se extravió, hasta hallarla? Y cuando la ha encontrado lleno de alegría, la pone sobre sus hombros, y llegando á casa llama á sus amigos y vecinos y les dice: «¡Alegraos conmigo, pues he hallado la oveja mia que estaba descarrada! Os digo que de este modo habrá más alegría en el cielo por un pecador que se arrepiente, que por noventa y nueve justos, que no necesitan de penitencia.»

«Yo soy el buen pastor. Un buen pastor lleva sus ovejas á buenos pastos, camina delante de ellas y las ovejas le siguen, porque conocen su voz. Así también mis ovejas me siguen á mí, porque yo las conozco y ellas me conocen á mí. Yo soy el buen pastor; el buen pastor da la vida por sus ovejas. Pero no así el mercenario, pues viendo venir al lobo, las abandona y huye. Yo doy mi vida por mis ovejas. Pero tengo todavía otras ovejas, que no estan aun en mi redil: las traeré aquí, y ellas escucharán mi voz y no habrá ya más que un solo rebaño y un solo pastor.»

Del Mesias habia ya el profeta Isaías dicho: «Como un pastor apacentará sus ovejas.»

VARIEDADES

COMO ES LA VIDA ES LA MUERTE.

Mr. Vigier, el que hacia quince años venia persiguiendo con rabia al catolicismo; el que provocó el decreto de desfierno del P. Sachat, el robo de multitud de iglesias, la expulsion de los PP. Benedictinos de Ntra. Sra. de la Piedra y la confiscacion de todos sus bienes, ha muerto en Solense en medio de los horribles tormentos que

produce un cancer en la lengua. Ha muerto como ha vivido; rabiando.

Mr. Frote, el que tan fatal fué para la iglesia del Jura, el clerófobo exaltado que para nombrar á los católicos les llamaba gusanos, ha muerto comido de miseria en una casa de locos.

Mr. Keller, el proconsul que por espacio de cuarenta años hizo sufrir tanto á los católicos del canton de Argovia, ha muerto loco también y también en la mayor miseria y abandono.

En cambio, he aquí la muerte de algunos católicos.

La primera es la del P. Damen que acaba de fallecer en Molokai. Recordarán nuestros lectores que este P. Damen fué aquel de quien hablamos hace algunos números copiando su biografía de «El Imparcial».

Era un jesuita tan caritativo que no queriendo dejar sin los consuelos de la religion á los leprosos de las islas de Sandwich, se metió voluntariamente entre ellos, sabiendo que su muerte era segura y se dedicó á evangelizarles y á consolarles con tal celo que le llamaban el apostol de los leprosos. Pues bien, ese hombre ha muerto, como era de esperar, víctima de su caridad. Pero ¿cómo ha muerto? ¿cómo ha vivido? Amado: lleno de fé, de caridad y de esperanza. Apesar de sus sufrimientos, dice un periódico de donde tomamos esta noticia, el P. Damen ha muerto sin quejarse. Ha muerto bendecido por todos, con la sonrisa en los labios, con la mirada en el cielo.

También ha muerto del mismo modo en estos dias otro sacerdote eminente. El Ilustrísimo Obispo de Daulia. Su muerte á confirmado la verdad que sostenemos. Se muere como se vive. Quien vive en paz muere en paz.

El Obispo de Daulia era lo que se llama un hombre de Dios. Por espacio de largos años habia trabajado en las misiones de Australia, en la conversion de los infieles, en la propagacion de la fé, en la civilizacion cristiana de los más remotos paises.

Retirado á España para acabar sus dias en una humilde aldea, aun hacia fructificar los años de su vejez, fundando y sosteniendo obras de caridad y de celo. Entre otras obras, á él se debe la fundacion de varias casas de religion para recoger á las mujeres de mala vida. Finalmente, su muerte ha sido la de un santo. Ha muerto pobre porque todo lo daba de limosna.

Aun pudiéramos recordar otras muertes edificantes acaecidas recientemente. La del P. Lorenzo Viñes, uno de los capuchinos españoles que han evangelizado con más éxito en la República del Ecuador, y la del Arzobispo de Paris, Mr. Guisbert, entre cuyas obras se cuenta la fundacion de una Universidad católica; la de setenta y cinco escuelas católicas libres y la de la iglesia del Sagrado Corazon en la colina de Montmartre.

¡Qué fecunda es la vida de los que tienen su corazón puesto en el cielo! ¡Cuan her-

mosas son sus obras! ¡Cuanta luz arrojan de sí al tiempo de dejar este mundo!

En cambio, ¡qué muerte tan negra tienen todos los enemigos de Dios.

¡Parece mentira que comparando estas cosas no se vea claro donde está la verdad!

A. C. y G.

Dime lo que haces y te diré quien eres.

Un diario de Palma de Mallorca refiere lo siguiente:

«Ayer mañana ocurrieron algunos incidentes desagradables con motivo del Rosario de la Aurora, promovidos por gentes que no queremos calificar.

Al dirigirse el presbítero D. José Fogués á la iglesia de Santo Domingo para celebrar la misa, fué insultado con una silba por los pilletes que habia en la plaza; pero este virtuoso sacerdote, lejos de acriminar á las turbas, subió al púlpito y en fervorosa plática imploró el perdón para aquellos infelices.

Una jóven que iba detras de la Virgen recibió una pedrada en el rostro, y sin exaltar una queja, cogió la piedra del suelo y se la metió en el bolsillo para guardarla como reliquia.

Un caballero de los que formaban en la procesion fué maltratado con palabras inculcas, indecentes y groseras, y sabiendo que el insultador era un pobre albañil que se encuentra sin trabajo, ayer mismo le mandó á su casa una buena limosna de comestible, ocultando su nombre, pero advirtiéndole que era un devoto de la Virgen quien le hacia aquel regalo.

Terminada la funcion y al salir del templo la concurrencia, se repitieron las silbas y los insultos.»

PENITENCIA EFICAZ.

—Es imposible, padre cura, decia un penitente. No puedo enmendarme. Se me va la lengua, y blasfemo cuando me irritan.

—¿Quieres hacer la última prueba?

—Segun sea ella; pero va á ser inútil.

—Mira: cada vez que se te escape una blasfemia, sin que nadie lo advierta, te echas una chinita en el bolsillo, y luego al acostarte las cuentas.

El primer día se halló con los bolsillos llenos de pedrascos, y contándolos, estando sosagado, se avergonzó. Al día siguiente fueron menos, y por fin, se vió libre de aquel horrible vicio.

¡MARIA!

«Cuando un corazón ha recibido del cielo el don precioso de recurrir á María en sus penas, tribulaciones y peligros, ese corazón halla siempre la paz, consolacion y sosiego.» Así se expresaba el experimentado P. Ravignan, en un fervoroso arranque de devocion.

¿Quién no ha hecho la prueba en sí mismo? La semana en que uno ha rezado con

fervor y recogimiento el santo rosario, (lo cual sucede principalmente cuando hay verdaderas penas en el alma), generalmente se distingue por la *calma interior* con que soporta la tempestad que brama por de fuera.

Sin duda, suele sentirse interiormente tal cual agitacion ó temor, tributo que pagamos á nuestra miserable naturaleza, pero el alma, serena y confiada, cobra reposo; ni más ni menos que el inocente niño ignora todo peligro cuando duerme en el amoroso regazo de su madre.

LA CRUZ

La cruz abate nuestra soberbia; inclinamos la cabeza bajo su saludable peso, nos reconocemos culpables, y pedimos perdón á nuestro justísimo Juez. La cruz ablanda nuestra dureza: nuestras almas, ensordecidas por la prosperidad, aleccionadas ahora en la escuela de las adversidades, escuchan más docilmente los consejos de la prudencia. La cruz purifica nuestros corazones; nos hace conocer el vacío y la vergüenza que causan los placeres sensuales, y nos lleva á desear los únicos bienes que son dignos de ser apetecidos. La cruz aumenta nuestros méritos; porque el mérito crece con el amor, y el amor no tiene ejercicio más heroico que la aceptación voluntaria del sufrimiento. La cruz me une á vos ¡oh Jesús! ella es el lazo más indisoluble que puede unirme á Vos, el sello más indeleble de mi perseverancia final y de mi predestinación eterna, el manantial más fecundo la gloria y felicidad que en el cielo me espera.

(P. Enrique Ramière),

RECUERDOS

DE LAS ETERNAS VERDADES,

POR D. F. JAVIER LOZANO.

(Continuación)

VII.

Aunque ningún galardón,
Ni premio se le ofreciera,
Servirle el hombre debiera
Con todo su corazón:

Es precisa obligación
De cualquiera criatura
Dar con la intención más pura
Obediencia y homenaje
Al supremo Personage,
De quien sabe que es hechura.

VIII.

El vaso que el alfarero
Formó del humilde lodo,
Debe á su artífice todo
Su sér de taza ó puchero.

Por esto puede el ollero,
Como á hechura de sus brazos,
Sin rezelos ni embarazos
Dedicarlo á su servicio,
Y si acaso con su oficio
No cumple, hacerlo pedazos.

IX.

Quien á sus tierras aplica
La raíz de un fértil leño,
Debe coger, como dueño,
Cuanto el árbol fructifica:
Siendo Dios el que fabrica
Al hombre de tierra y lodo,
El debe obrar de tal modo,
Que hasta la acción más ligera
Es fuerza que la refiera
A quien debe su ser todo.

X.

No á quien riega, ni á quien planta
El árbol debe su aumento,
Sino á aquel que el incremento
Da á la raíz y á la planta:
Nace, crece y se levanta,
Dando al Otoño tributo;
Mas Dios, Señor absoluto
De cuanto existe, ó se mueve,
Es á quien el árbol debe
La rama, la flor y el fruto.

XI.

Dios pues como Criador
Que al hombre de nada ha hecho,
Tiene dominio y derecho
Al tronco, al fruto, á la flor:
A Dios le debe su amor
Sacrificar todo afecto:
No ha de tener más respecto
Su pensar, decir y obrar,
Que el servir y el agradar
A su divino Arquitecto.

XII.

Si uno paga de contado
Por un esclavo el dinero,
Es su señor verdadero,
Y el esclavo su criado:
Esclavo por el pecado
Nace el hombre entre cadenas;
Dios por aliviar sus penas,
Con infinita piedad
Le compra la libertad
Con la sangre de sus venas.

XIII.

Siervo, el que es redimido,
De aquel que lo ha rescatado:
Es esclavo el que comprado
Legítimamente ha sido:
Es vasallo el que ha nacido
En tierras de algún señor:
De donde en todo rigor
Por las tres razones hallo,
Que es siervo, esclavo y vasallo
El hombre, de su Hacedor.

XIV.

Señor de mis pensamientos
Palabras y obras, es Dios,
Y reduce solo á dos
Sus divinos mandamientos:
Los sagrados documentos
De su sabio Catecismo
Me enseñan en el Bautismo
Que ame á Dios mi sumo bien,
Y que al prójimo también
Lo quiera como á mí mismo.

XV.

Mas, cómo su ley observe?
Qué cumplimiento le doy?

Ay infeliz! Cómo soy
Inicuo y malvado siervo!
Inobediente y protervo
Sus preceptos abandono;
Lleno de altivez y encono,
Más soberbio que una fiera,
Ni amo á mi Dios cual debiera,
Ni á mi prójimo perdono.

(Se continuará.)

Pensamientos sobre la libertad.

El tener superior no es obstáculo para ser libre. Al contrario, donde no hay quien mande todos son jefes y donde todos son jefes todos llegan á ser esclavos. ¿Por qué? Porque no habiendo autoridad se impone la fuerza.

Los que ven, pues, cierto antagonismo entre la autoridad y la libertad no tienen idea del progreso.

CASOS DE CONCIENCIA

ACERCA DEL LIBERALISMO,

sacados de la obra escrita en latín por P. V. profesor de teología moral, traducidos y adicionados con algunas notas por D. Jerónimo Seisdedos y Sanz, presbítero, catedrático de Sagrada Teología y precedidos de un prólogo por D. J. M. Ortí y Lara, catedrático de Metafísica. (Con licencia de la autoridad eclesiástica.)

No podemos menos de recomendar eficazmente á todos nuestros suscritores y muy especialmente á los señores Sacerdotes esta excelente obra, en la cual se estudian y resuelven multitud de cuestiones de completa actualidad tan profundas como delicadas y trascendentales.

La obra consta de un tomo, cuyo precio en rústica es de 2'50 ptas. Dirigir los pedidos á la *Biblioteca de la Ciencia Cristiana*, Villanueva, 6, bajo, Madrid.

LA LECTURA POPULAR.

Esta publicación tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa, presentándola bajo formas amenas y ligeras para que se propague más fácilmente.

La suscripción se hace por acciones medias, cuartos y octavos de acción.

Cada acción da derecho á recibir cien ejemplares de cada número ó sean doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc. ó manda distribuir por las aldeas, huertas, caseríos, fábricas, escuelas, establecimientos penales y otros centros.

PRECIOS DE SUSCRICION DIRECTA

Una acción. 4 ptas. mensuales
Media 2 » »
Un cuarto id. 1 » »
Un octavo id. 50 cénts.

Por medio de correspondal 25 cénts. de peseta más por acción.

Se suscribe en la dirección de este periódico BELLOT, 3, ORIHUELA. En Madrid en la de la *Semana Católica*, Villanueva, 6 bajo; y en todas las librerías católicas de la Península y en Cuba, «La Historia», Remedios.